

# Nací en el sistema patriarcal

*Estela Galván Cabral*

Yo nací en el sistema patriarcal. Eso me constituye, nutre la ideología, las creencias, el pensamiento que mueve los hilos del diario accionar. Me gustaría decir que esos principios me eliminaron del panorama laboral, que me discriminaron en las calles, que me anularon, pero esto me llevó a experimentar, años más tarde, el deseo de ser dueña de mis acciones y reacciones, consecuencia, tal vez, de la incapacidad emocional para resolver, de un largo recorrido por los laberintos de la consciencia.

Es cierto, no había filtros para los piropos en la calle o en los camiones podían sobrepasarse y tocar aquí o allá con claras intenciones de descargar en otro ser humano la aridez de una cultura que permitía y fomentaba el irrespeto hacia la mujer. Como púbera era incapaz de procesar las impresiones que generaban palabras que hacían referencia a algunas partes del cuerpo cuando caminaba por la calle o las miradas lascivas de los hombres; esas acciones eran un misterio que me avergonzaban y que posteriormente las pude nombrar. No pretendo tener la verdad en esta disputa de lo femenino y masculino, solo quiero compartir el recorrido que realicé reflexionando con ustedes algunas ideas que tal vez aporten perspectiva.

He de confesar que la necesidad de reconocermme como dueña de mis actos y emociones me viene justamente de ese sistema que me hizo levantar el puño gritando consignas contra la injusticia, pero el grito cercenó mi garganta sin que mi sed de equidad aminorara. La rabia dibujó enemigos en las esquinas de las calles semi-iluminadas de mi barrio, rompió relaciones alojadas en las raíces mismas de las creencias de ese momento histórico. ¿Qué pasa cuando la vorágine exterior nos arrastra hacia los confines de la anulación, donde el yo se convierte en ellos, los otros? ¿Dónde la víctima se transforma en verdugo?

Creí y actué en consecuencia de las ideas repetidas en la familia, la escuela, el entorno social; no había nada que hacer ante esa verdad: las mujeres éramos víctimas de las aberraciones masculinas. Crecí creyendo en la insensibilidad de los hombres y la sensibilidad casi mágica de las féminas, cerré los ojos a la realidad y me vi incapaz de resolverlo en la acción. Solo podía increpar porque no había un soporte interno que me anclara en otro escenario y ocurrió... la voz rompió el silencio que se hizo palabra, pude ver, entender.

Históricamente habíamos jugado a comunicarnos, a relacionarnos; las estructuras estaban dadas por los padres, los abuelos, las madres, las abuelas: ¿para qué cuestionar? Era la inercia de las generaciones que repiten ideas preconcebidas en las lindes mismas de la inacción. ¿Quiénes eran los culpables? ¿Por qué buscar culpables? Nos creímos víctimas, fuimos atropelladas; se creyeron victimarios, violentaron. Pero no hay peor violencia que la ejercida hacia sí misma(0).

El reflejo de las mujeres de mi familia abrió posibilidades infinitas para continuar, no romper, con una herencia que las forjaba como las espadas, con agua, martillo y fuego. Eran las protagonistas de su propia historia, se negaron a ser víctimas y gritaron en silencio henchidas de conciencia que existían como mujeres dueñas de su alegría, tristeza, dolor. Negaron en ellas la idea de la incapacidad —ser víctima es creer que no puedes levantar la mano para detener el golpe que te asestan—; son grandes luchadoras silentes construyéndose paso a pasito, como lo marca la vida, tratando de entender, entenderse.

En ese reflejo puedo ver el rostro de una mujer que entiende el dolor del verdugo, porque fue víctima y, tal vez, en su furia repelió la agresión con agresión; por eso sabe, reconoce el miedo, el dolor que pueden provocar unos brazos fuertes, poderosos; siente la blandura del cuerpo y del espíritu de quien se acostumbró a herir. De un alma golpeada, con miedo, solo puede salir violencia y esto no pertenece a un género, ¡es tan humano!